

A la palabra —y significado— de *cultura* le está sucediendo ya lo de

*... la falsa moneda
que de mano en mano va
y ninguna se la queda.*

Cultura no es tanto falsa moneda, cuanto buena, mas casi irrecognoscible en su valor por desgastada y borrosa. Así nos pasa ya aquí con tantas piezas de a bolívar, y con algunas de a cinco sucedía antes, cuando pasaban de mano en mano, y no, como ahora, que mano que las agarra, mano que se las guarda.

Las monedas se desgastan por muchas causas —lo que no es decir «mucho», a pesar de lo que promete el plural de «muchas»—; bástenos aquí con una: las monedas —metálicas o— se desgastan por lo que tienen de valor de cambio, es decir: por lo de manoseables.

Sería inexcusable pediría movilizar aquí escuadrón de definiciones de teoría económica: valor de uso, valor de cambio, expresión cuantitativa de los dos, en un término medio común a todo lo usable y cambiante —precio, etc.

Pero si hace falta, ya desde estas primeras líneas, recordar la presencia incómoda de ciertas cosas que llevan en eco-

nomía una vida «marginal» no por afinidad alguna con las teorías «marginalistas», sino por su calidad y cantidad de bienes en estado de atmósfera o mar, cual aire, sol, agua; en los que todavía nos movemos, vivimos y somos *todos*, y son de todos por la precaria razón de que ninguno se puede apoderar de ellos —fuera de comparativamente pequeñas y despreciables raterías. Son bienes in-a-preciables, e inmercadeables. Mas de inapreciable valor de uso, de vida o muerte.

Valor de cambio —aire en moneda o moneda de aire— tal vez lo adquiriera el aire cuando los hombres, allá los del año 2000, se paseen por Marte —el planeta del dios Guerra—, o por Venus —el planeta de la diosa Amor—, o por Júpiter —el planeta del dios Luz: «padre de hombres y dioses», según Homero—, y tengan que llevar los turistas en especiales mochilas aire amonedado o condensado —aire líquido de Linde— que buena moneda será allá, donde no lo hay, y se necesita, y que aquí, en la tierra —la Diosa Madre—, mal negocio sería amonedarlo, cuando tanto aire hay disponible, a pedir de boca.

Cultura es atmósfera de bienes, o bienes en estado y calidad de atmósfera, o de mar. Atmósfera respirable para el espíritu humano.

Bien es, sin duda, la teoría de la relatividad generalizada: mas lo es para los especialistas —un puñado de distinguidos físico-matemáticos. Empero teoría de la relatividad generalizada no está en estado del oxígeno de nuestra atmósfera física: en vivificante, disponible e inagotable cantidad y calidad para *todos* —en estado de *universal concreto*.

La tabla de sumary de multiplicar, la reglade tres, los quebrados —y ahora ya elementos de teoría de los conjuntos—son bienes *culturales*, o aritmética en estado de atmósfera. Y por secuela —heterogénea, al parecer, mas realmente conexa—apender respirar todo eso no tiene ya precio, no cuesta ya dinero en nuestros tiempos, como costó sus buenos dineros en otros; nuestra escuela primaria crea y mantiene esa atmósfera matemática con un precio cada vez más pequeño para el espirante, y, para honra de nuestros Estados, precio muy cercano a cero: que eso es lo que pagamos por el aire.

Bien es, sin duda alguna, cuadro de Rembrandt o una composición de Bach; mas si para admirar el primero y oír la segunda fuera preciso ser admitido por gracia en el palacio de un príncipe, su dueño, o en la capilla de un señor, de quien Bach era *kapelmeister*, cuadro y composición serían bienes privados, de altísimo valor y de inalcanzable precio para casi todos. No son bien en *atmósfera*; no han entrado en la atmósfera cultural del hombre, como entrarán a componerla —y vivificar nuestros ojos y oídos, ojos y oídos de nuestra alma—cuando al Rembrandt se lo exhibía en museo nacional, y a Bach se lo oiga en concierto sacro de catedral.

Bien es, también sin duda, la ley. Mas cuando la ley la crea y promulga un Señor Rey —y admitamos que la dé con la vista puesta en el bien común, y no en sus razones de Estado—, no es *bien político*, o bien en estado de atmósfera. El correspondiente estado —o Nación— no es políticamente culto o no tiene cultura política. Sólo cuando la ley la cree y promulgue un pueblo por sí, por *sus* representantes, la ley adquirirá el estado de aire político, de aire respirable y vivificador de una comunidad, que sabe y siente respirar *su ley* —de todos y de cada uno en cuanto cada uno es uno del Todo.

Mientras la teoría de la relatividad estuvo en el almanaque de Einstein —o en las cabezas de unos pocos señores físico-matemáticos—, Einstein y ellos fueron por ella especialistas, no hombres *cultos*.

Ahora, al cabo de más de medio siglo de venida al mundo, la relatividad restringida ha llegado a ser bien cultural, y ha dejado de ser primariamente bien privado. Ya nuestros bachilleres en ciencias —en principio, todos los ciudadanos de cierta edad—la respiran, de manera tan natural como el air, y saben de eso de sistemas de referencia, de equivalencia de masa y energía, de bomba y reator tóxicos, y no se sienten amenazados ni de hoguera, prisión, retractaciones o forzadas profesiones de fe ... por negar que la tierra esté inmóvil, o que este el sol, o que un movimiento eterno, si es uniforme y rectilíneo —sea cuan grande fuere su velocidad—, no necesite de causas ni de primer motor.

Nuestros bachilleres —en principio, recalco, *todos* los ciudadanos de nuestras naciones—respiran relatividad —gali-

leana, newtoniana...— cual aire mental. Son cultos. Desgraciadamente la *cultura científica* no evita, sin más precauciones, el que puedan ser y sean algunos, en otros órdenes, bárbaros y brutos —patotas, pillos, granujas y tarambanas. Si el aire no tiene la suficiente cantidad de nitrógeno, el exceso relativo de oxígeno, lejos de hacer la atmósfera seguramente respirable, la tornará fácil y frecuentemente explosiva.

Científicamente culto, moralmente bárbaro y estéticamente bruto son posibilidades, realizadas, en individuos y épocas históricas. La nuestra tal vez pase a la historia con el balance de científicamente culta, moralmente bárbara y dudosamente estética, como época de aire moralmente irrespirable, no tanto por contaminado de deshecho de bombas atómicas, cuanto por dinero difundido, o atmósfera monetaria, respirada: inspirada y expirada por todos y en todo. Parodiando —y perdónemelo San Pablo— la frase «en *Dios nos movemos, vivimos y somos*», no exageraríamos gran cosa si dijéramos de nuestra época:

En Dinero nos movemos, de Él vivimos y Él somos

Fuera de rarísimas, honrosísimas, y poco envidiadas excepciones, vale de los deseos de una aplastante y desconsoladora mayoría la coplita de Antonio Machado:

*¡Quién fuera diamante puro!
—dijo un pepino maduro.
Todo necio
confunde valor y precio.*

Cultura no es una cosa especial y aparte de otras, cual lo son entre sí hombre, rosal, limonero, sol, casa, aritmética, lógica...; cultura es algo así como *temperatura*: un estado de comunidad, de atmósfera que una propiedad —matemáticas, arte, religión, política...— toma en ciertas épocas de la historia, dejando de ser peculio o propiedad privada de individuos o instituciones.

Un individuo no es culto por ser individuo. Un indivi-

duo no es ciudadano por ser individuo. Un individuo puede ser sabio, especialista, señor romano o señor feudal.

Las ideas —científicas, técnicas, morales, religiosas, políticas...— vienen al mundo siempre a través o por medio de individuos solitarios, y no hay otra manera de que advengan: mas no llegarán a ser ideas culturales, o dar cultura, hasta que se hagan atmósfera: universalidad concreta, respirable, visible e inteligible para la humanidad. Al llegar las ideas a serse en estado de atmósfera cámbiase su forma y su contenido, y el individuo que las respire cual atmósfera —así sea su primer introductor o inventor— resultará culto, por una especie de dichosa carambola o de provechosa vuelta por la universalidad o por la humanidad.

Sea o no verdad lo de San Agustín: *Unus christianus, nullus christianus* —un solo cristiano no es cristiano—, es verdad tangible lo de «un solo hombre no es hombre», por muy sabio que uno solo pueda serlo. Solo, solitario, será individuo sabio; no será *hombre* sabio.

No tomamos en serio, en real, eso de que «Hombre es especie»; y creemos poder cometer impunemente el pecado que Maritain llamaba, justísimamente, de *angelismo*. Cada ángel es una sola especie, cada uno agota la especie; el otro es de otra especie.

El hombre es real unidad de una real pluralidad, las dos: unidad de pluralidad y pluralidad de unidad esencialmente, dialécticamente, unidas, por muy opuestas que parezcan, y justamente porque lo son. Si Hombre es realmente especie, si cada uno es uno-de-tantos de ese Todo que es Hombre —y tal es nuestra *esencia*— los bienes tienen que ser de la especie, y de cada uno en cuanto miembro de la especie. A ese estado de universalidad concreta —estado de especie— llamemos *cultura*. Cultura es el estado *humano* de todo.

Culto es el Hombre *humano*.

A medida y paso como los bienes —religiosos, políticos, científicos, técnicos, económicos...— adquieran el estado de *humanos* dejarán de tener *precio*, de ser amonedables, apropiables por el individuo o por instituciones privadas, y resaltarán su *valor*, su valor *humano*.

El hombre habrá llegado a ser hombre *humano* cuando

nada de lo bueno, verdadero y bello tenga precio; lo cual hará que resalte el valor —puro, límpido, señero— de lo bueno, verdadero y bello.

Mientras a todos los bienes —políticos, religiosos, técnicos— les pongamos precio —con esta u otra palabra más decorosa, cual las de honorarios, estipendios, gratificaciones...—, aumentará en la atmósfera humana en el ambiente social, *específico*, el componente del cinismo, definido insuperablemente por O. Wilde: «*El cínico es el que sabe el precio de todas las cosas; mas no sabe el valor de ninguna*».

Si alguna vez —y más de una y de cien— nos sentimos tentados de llamar inculta a nuestra época —y echarle en cara su incultura, a pesar de la nunca hasta ahora ni igualada ni vista riqueza en bienes de todos los órdenes—, explicitemos el insulto, sin miedo a las palabras: es inculta, y crece su incultura, porque va sabiendo poner e imponer eso de precio a todas las cosas, y desconociendo, por inversa razón y ley, el valor de todo.

A pesar de su ciencia —ciencia social, ciencia económica... ciencia matemática...— es época necia, diría Machado:

*«Todo necio
confunde valor y precio».*

Y para que no quede duda de qué se confunde con qué, añadamos:

en favor de precio.